40 años de la Revista Ideal

Autor: Manolo Campa

Hace 40 años, en el primer número de la **Revista Ideal**, empecé a escribir la sección "Al vaivén de mi carreta" bajo un seudónimo que me permitía redactar con la sencillez de un guajiro cubano. De aquellos artículos he seleccionado algunos trocitos que permitan conocerle y enterarse de sus andanzas. A continuación: Biografía y más… de Rosario José Calderón.

Me llamo Rosario, a pesar de ser hombre. Debo mi nombre a cuatro personas: Mi madre, mi abuela, mi padre y al cura de Güines donde nací. Mi madre soñaba con que su "encargo" fuese una guajirita linda como un amanecer… pero me tuvo a mí, que según he oído decir parecía un pichón de aura tiñosa.

Mi buena madre había decidido que su hija se llamaría Rosario María, una combinación del nombre del Término Municipal donde ella había nacido: Santa María del Rosario. Mi abuela había aprobado aquel nombre, ya que ella, toda una santa, devota de María y del Rosario, rezaba uno todas las noches desde aquel 20 de Mayo en que emperchó a mi padre y lo llevó al Morro para "llorar de alegría" por la independencia de Cuba.

Cuando mi madre y mi abuela le dijeron a mi padre que me iban a poner el nombre de Rosario, éste por poco se traga la cachimba. ¡Su hijo varón llevando ese nombre por toda la vida y en honor a un Término Municipal que no era Güines…! Ensilló la yegua y anduvo, y anduvo sin llegar a ningún lado… hasta que empezó a llover. Aquella llovizna le bajó los bríos. El hubiera querido que me llamara como él: José Antonio. José por el Apóstol y Antonio por el Titán. La lluvia y quizás un cierto sentido de culpabilidad por lo diferente que era mi realidad al sueño de mi madre, lo calmaron y regresó al bohío, resignado a complacerla.

Me llevaron a bautizar un 19 de marzo. Gracias a esa fecha y al Padre Severino Fernández, me llamo Rosario José. Haciendo uso de toda su diplomacia asturiana, el Padre recomendó a José en el lugar de María, para que yo "tuviese un santo patrón que me ayudase a ser muy trabajador".

* * * * *

El título del artículo: "Los caballos negros comen más que lo caballos blancos" no tiene nada que ver con su contenido. No sabia como intitular esta serie de ideas sueltas y me gustó éste por lo largo; porque da la impresión de que es la conclusión de un estudio inteligente, y sobre todo, porque me recuerda al único caballo que he tenido: "Tasajo". Tasajo era un penco negro de buena altura, de buen comer pero flaco y lento debido a los muchos años de servicio. Me lo regaló Eustaquio, mi padrino, que le había puesto ese nombre porque estaba más para el matadero que para ser montado.

* * * * *

"Chico" era el perro más popular y más querido de la comarca. Era grande, color canela, ágil; ni gordo ni flaco, se veía saludable y sobre todo feliz. Era de raza indeterminable, lo que el vulgo suele llamar "sato". Yo tenía la impresión de que era mío, pero lo mismo pensaban mis amigos. Era de todos, sin pertenecer a nadie.

"Chico" era un miembro importante en aquel caserío. El supo ganarse a los de su mundo… logró lo que se propuso: ser querido y alimentado por todos. Aquel perro para mí es algo más

que un recuerdo de mi niñez… en él veo el ejemplo de un triunfador. Un conquistador de corazones, un bienvenido en todas partes.

* * * * *

Cuando estaba aprendiendo a contar y pude hacerlo hasta el cien, me consideré un gran matemático. Uno de los consejeros de mi juventud era un hombre bueno y próspero, a pesar de leer mal y escribir peor. El me decía que "para ser un guajiro respetable contara con Dios y no contara con los dedos". Lo que en otras palabras me quiso decir, que confiara y esperara todo de Dios y aprendiera a sumar, restar, multiplicar y dividir.

* * * * *

La corbata para mí siempre ha sido una prenda de tortura. Tengo más maña para trenzarle la cola a "Tasajo", mi caballo, que para hacer el nudo de mi corbata… y siempre, después de varios intentos, acabo por decidirme por uno que me ha quedado peor que los anteriores.

* * * * *

Para poder ir al trabajo sin mucho trabajo, me compré un automóvil usado… y empecé entonces a pasarlos de verdad. Las gomas no tenían rayitas y resbalaban sobre el pavimento como manos de enamorado fresco. El acumulador, en invierno no funcionaba y en la primavera lo hacía si le daba la gana. Le echaba aceite por un tubo en el motor arriba y le salía por un hueco en alguna parte abajo. Tuve que comprar un seguro de "lijabiliti", más caro que el carro y las reparaciones.

Para pasar el examen de "chofer" estudié como nunca antes lo había hecho. Sin honores pasé el examen escrito y me suspendieron un montón de veces en el práctico: una por no parar en el "stop"… otra por no parar en firme… otra por parar antes de tiempo… otra por parquear muy separado. Otra por doblar hacia el "left" cuando me dijeron "right"…, pero por constante me aprobaron.

* * * * *

Mi guajira sabe que me gusta como ella es pero quiere lucir mejor para la Nochebuena. Desde ahora, para irse acostumbrando, ha empezado a usar unas pestañas postizas que le hacen juego con el color de su pelo. Y para cambiarse el color de su pelo se ha comprado una peluca salpicada de canas que no le hace juego con sus pestañas postizas.

Para que los ojos le luzcan más grandes porque las pestañas postizas los hacen lucir más chiquitos, se pinta una raya azul que llama "sombra", en el párpado de arriba… y para "no se qué" se pinta también una carreterita negra bordeando todo el párpado de abajo. Para tener una "complexión" más lozana se maquilla con el nuevo estilo "wet look"… ahora su rostro se parece a un boniato sin cáscara.

* * * * *

Siete días antes de Nochebuena empecé a prepararme para ese gran acontecimiento. Fui al barbero. Encargué el lechón a un guajiro amigo mío que cría puercos. Mandé a planchar mi guayabera preferida a la tintorería… dejé que mi mujer la lavara pero el planchado tenía que ser profesional.

Cinco días antes de Navidad me sentí enfermo. En Cuba llegué a tener hasta 40 grados de fiebre. Por poco "guardo el carro" del susto que me dio mi suegra cuando, con los espejuelos enganchados en la punta de la nariz, leyó en el termómetro la fiebre "americana" que tenía: ¡Ciento tres grados!

Alarmado llamé a mi guajira, que no se alarmó mucho. Estaba dormido cuando se apareció con un tubito de cristal en la mano para tomarme la temperatura… pero no debajo del brazo, sino por otro lugar. Bajo ningún concepto permití aquella afrenta. Ella me explicó que el médico le había recomendado ese procedimiento que muestra la fiebre con mucha más exactitud. Le dio un nombre técnico al "vejamen" que no me convenció tampoco. Si la fiebre leída debajo del brazo izquierdo no era exacta, le dije que la tomara debajo del otro brazo… y "se acabó". ¡Qué barbaridad, hasta la medicina se ha corrompido!

* * * * *

Hace unos días se casó Adán, un guajiro pariente de mi suegra. Por cómoda y por criolla quise vestir de guayabera pero mi mujer, más al tanto que yo del protocolo de las grandes ocasiones, vetó el uso de mi prenda preferida.

Asistí enfundado en mi traje azul marino. Para colmo de martirios, estrené una camisa de última moda, de esas de cuello alto, tan alto que me llegaba hasta las orejas. El traje, el cuello y la insoportable corbata producían en mí la terrible sensación de estar siendo ajusticiado al garrote vil.

* * * * *

La idea más brillante de mi guajira en el año que acaba de terminar fue la de mandar a mi suegra a un retiro espiritual. ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Qué cambio produjo en ella! En vez de gruñir, sonreía. En vez de su habitual actitud de fiscal implacable, regresó tolerante, hablando con voz pausada, con modales suaves, refinados… hasta se acordaba de mi nombre… dejé de ser "ése" o "éste". Por poco me trago la cachimba de la sorpresa y el susto que me llevé cuando se dirigió a mí llamándome "mi yerno".

* * * * *

Mi guajira, de tanto oír hablar a sus amigas sobre los restaurantes de moda, se obsesionó con la idea de ir a "comer fuera". Cuando recibí el cheque del "Income Tax", insinuó, delicadamente, que le gustaría utilizar ese dinero en una comida en un restaurante bueno. Me libré de ese compromiso alegando que los tres dólares que me había devuelto el "Tío Sam", no alcanzaban ni para comer un par de fritas en una fritería de la Calle Ocho.

* * * * *

El mundo cambia. Cambian los signos de los tiempos y también los guajiros y sus bailes. Yo no concebía un guateque criollo sin guajiros en guayabera… Pues hoy hay fiesta de guajiros sin guayaberas y sin polainas… con camisas de vuelitos, sacos corte principio de siglo y calzado masculino con tacones altos, hasta hace poco, reservados para el sexo femenino.

Mi mujer me había recomendado ese tipo de calzado, apropiado para elevarme unas pulgadas por encima de mi complejo de "muestra gratis". Ilusionado me probé un par "imponente": feos, extraños y caros pero que por primera vez en mi vida, me permitieron sentirme de estatura normal. Todo me fue bien hasta que intenté caminar: el pie izquierdo se me doblaba hacia fuera y el derecho se clavaba en picada, de tropezón en tropezón cada vez que intentaba dar un paso. Desilusionado volví a la estabilidad física, emocional y económica de mis zapatos viejos.

* * * * *

En otras ocasiones te he hablado de "Tasajo", mi caballo; de "Chico", mi perro; te he mencionado a Eustaquio, mi padrino; sobre mi suegra he escrito para desahogarme buscando al mismo tiempo comprensión y solidaridad; y en todas mis historias ha estado envuelta Clotilde,

mi mujer. Ahora quiero hablarte de un anhelo... que comparto con miles y miles de cubanos: ¡Volver a ver a Cuba libre, feliz y cristiana!

El Apóstol decía: “La patria nos duele hasta los huesos”. Por eso, por los que allá sufren, aunque no tenemos pólvora ni bayonetas, tenemos que seguir “construyendo trincheras de ideas” que un día servirán para romper las cadenas que esclavizan a nuestro pueblo.

Por encima del desaliento, el cansancio, la tristeza, el sentirnos solos, los largos años de exilio, la traición de algunos y la indiferencia de otros, deben de mantenernos firmes y decididos las ansias de volver a ser libres… de volver a tener patria… de poder acoger, no ser acogidos… de tener derechos, no concesiones.